

## CAPITULO LXXV.

[ 1721. ]

Sale de Peyotan Don Juan de la Torre con su tropa.—Noticias alarmantes.—El indio Don Alonso.—Actitud amenazadora de los nayaritas.—Se rompen las hostilidades.—Incendian los españoles las chozas de los indios.—Retira la de Don Juan de la Torre á Peyotan.—Queman sus soldados un templo indígena.—Procura Don Juan de la Torre fortificarse en Peyotan.—Pide auxilio á Zacatecas y se le mandan ochenta ginetes á las órdenes de D. Nicolás de Escobedo.—Salen también veinticinco hombres de Jeréz mandados por D. Nicolás Calera.—Diferencias en el campo español.—Se dirige ésta hácia la Mesa del Nayarit.—Prisión del cacique *Tonati*.—Regreso del Gobernador á Peyotan.—Retíranse también los auxiliares de Zacatecas y Jeréz.—Misión establecida por los Jesuitas en Peyotan.—Ordena el Virey á D. Juan de la Torre pasar á México.—Le sustituye D. Juan Flores de San Pedro.—Sale éste de Villanueva con un refuerzo de 400 hombres y un convoy de reses y víveres.—Envía un emisario llamado *Tactzani* á conferenciar con los de la Mesa.—Los nayaritas buscan la alianza de los indios de Durango.—Mal éxito de la comisión del *Tactzani*.—Consejo de guerra.—Vuelve á unirse al ejército español D. Nicolás Escobedo.—Operaciones acordadas entre éste y el Gobernador.—Se anticipa D. Nicolás en la ejecución de las mismas, y llega al frente de la Mesa.—Va el *Tactzani* á intentar una conferencia con los sublevados.—Promesas de éstos.—Junta de oficiales españoles, en la que se determina asaltar la Mesa.—Ceremonias religiosas.—Alarma y ataque de los nayaritas.—Sale herido D. Pablo Felipe.—Dificultad de los españoles para avanzar.—El guerrero *Tlahuitole*.—Victoria obtenida por los asaltantes.—Ocupación de la Mesa.—Opinión del P. Fluvia acerca de esa victoria.—Llegada de D. Juan Flores á la Mesa.—Fuertes disturbios entre él y D. Nicolás Escobedo.—Despojos encontrados en la Mesa.—El cadáver del viejo *Nayar*.—Incendio del templo mayor y otros adoratorios.—Desmoralización de los nayaritas y sumisión de algunos de ellos.—Ingratitud del gobierno español con D. Juan Flores de San Pedro.

El día 20 de Octubre, señalado para la marcha, salió de Peyotan el pequeño ejército.

Tocó á la tropa de Zacatecas ir á la vanguardia, llevando á su cabeza al Capitan Rioja. Los de Jeréz ocupaban

la retaguardia y los flancos iban cubiertos por una corta sección de infantería de indios amigos, colectados en Mezquitic, Colotlan, Huajuquilla, Tepic y Compostela.

Pocas leguas había caminado Don Juan de la Torre con su tropa y los dos misioneros Jesuitas, cuando comenzó á tener noticias alarmantes acerca de la hostil actitud de los *nayaritas*, por cuya causa no escaseó sus órdenes para que se tomaran las debidas precauciones.

El indio Don Alonso había enviado dos hijos suyos al Gobernador para que le guiaran al lugar de la entrevista; pero dichos guías, obrando de acuerdo con las instrucciones secretas de su padre, se habían escapado de entre la fuerza española sin ser vistos. También muchos de los indios auxiliares desertaron de la retaguardia cuando vieron que un grave peligro amenazaba al Gobernador.

Al llegar éste al Puerto de Teaurite observó que muchas alturas inmediatas estaban coronadas de indios, y algunos grupos de éstos parecían emboscados en las quiebras y en las barrancas. En resúmen, todo hacía entender que los *nayaritas* preparaban positivamente un golpe felónico é intempestivo á Don Juan de la Torre. Asegúrase que entre alguno de los grupos de las alturas se encontraba también el *Tonati*.

El Capitan de Zacatecas mandó que el trompeta de su compañía tocara el clarín, á cuya voz salieron multitud de indios de entre una barranca, dando estrepitosos alaridos.

Formar línea de batalla en aquellos senderos tortuosos y estrechos, fué cosa imposible; de manera que para prevenir el asalto se mandó desmontar á la tropa y que cada uno de los soldados se defendiera á discreción.

Entre tanto los PP. Arias y Tellez Girón se adelantaron á hablar con el indio Don Alonso, que capitaneaba con adarga en mano uno de los grupos sublevados. Las diligencias de dichos PP. resultaron inútiles, porque no solo no fueron recibidas sus prudentes y pacíficas indicaciones, sino que habiendo arrojado Don Alonso una flecha al aire, como señal convenida para el ataque, salieron en amenazador y estrepitoso tumulto todos los indios que seguían al viejo cacique, disparando una verdadera lluvia de flechas sobre los Padres, quienes afortunadamente pudieron escapar ilesos.

Siguió luego el asalto sobre los españoles, y fué tal el



ímpetu con que cargaron los indios, que al fin lograron poner en desorden á la tropa del Gobernador, haciéndole algunos heridos; pero en medio de ese momentáneo desorden mucho valió la serenidad y el arrojo de los jefes, quienes lograron rehacer el ánimo de sus soldados hasta conseguir que por medio de una carga brusca y desesperada huyeran derrotados los indios.

En ese encuentro se manifestó á la altura de un verdadero valiente el cacique Don Alonso, pues no dejó de combatir personalmente, ni abandonó el campo hasta que vió desfilar al último de los suyos.

Por parte de la fuerza del Gobernador se distinguieron Don Alonso de Reina Narvaez, Don Pedro Ximenes de Cañas, Don Joseph Gonzalez y tres soldados españoles.

Terminada aquella refriega, algunos soldados de Don Juan de la Torre, no encontrando despojos de importancia en el campo enemigo, se conformaron con poner fuego á las miserables chozas de la rancharía de Teaurite.

El Gobernador mandó redoblar la vigilancia la noche de ese día, con el objeto de emprender al siguiente la retirada, puesto que la experiencia le había demostrado lo difícil que le era llevar adelante su empresa con tan poca tropa y con tan escasos elementos.

En efecto se volvió Don Juan de la Torre á Peyotan resuelto á no emprender una nueva campaña, si no es cuando pudiera contar con más tropa y con suficientes municiones y recursos.

Durante el regreso á Peyotan, una escuadra de españoles había logrado sorprender una rancharía de indios, quemándoles su templo y haciéndoles nueve prisioneros, de los cuales cuatro fueron remitidos á la cárcel de Zacatecas, donde se les tuvo presos algún tiempo.

Entre tanto, los *nayaritas* irritados por los sucesos que acababan de tener lugar, intentaron vengarse formando liga con algunos pueblos fronterizos. Este peligro obligó á Don Juan de la Torre, no solo á improvisar algo como una pequeña fortaleza en Peyotan, sino también á pedir auxilio de tropa á Zacatecas y á Jeréz.

Al recibir la carta enviada por Don Juan el Corregidor de esta ciudad, que lo era en calidad de Teniente Don Domingo Calera, celebró éste sin perder tiempo una junta

de vecinos á los cuales comunicó los apuros y peligros que rodeaban á la expedición del Nayarit. Todos ofrecieron con buena voluntad los recursos suficientes para reclutar y equipar una compañía de soldados, la cual se puso luego á las órdenes de Don Nicolás de Escobedo, quien ofreció llevar también unos treinta soldados armados y equipados de su propio peculio.<sup>1</sup> En Jeréz se organizó igualmente con la prontitud posible una sección de veinticuero ginetes que mandaba el Capitan Don Nicolás Calera.

Era entónces Alcalde de la Villa de Jeréz Don Antonio de Veytia.

Tan luego como llegó á Peyotan el refuerzo mencionado reunió Don Juan de la Torre un Consejo de guerra para poder determinar lo que en seguida conviniese hacer. Hubo diversos pareceres y fuertes altercados en dicha junta; pero al fin prevaleció la opinión de que mejor sería volver á tomar la ofensiva emprendiendo nuevamente la campaña sobre los indomables serranos.

Movióse, pues, el campo español, compuesto ya de 250 combatientes y se dirigió á las alturas de la Mesa; pero después de infructuosas fatigas, intimaciones, conferencias y escaramuzas solo se consiguió capturar algunos indios, entre los cuales casualmente cayó el viejo *Tonati*, librándose así de la muerte á que ya lo habían sentenciado sus mismos camaradas.

En tal virtud se volvió á Peyotan el Gobernador con su tropa, bastante decepcionados todos con el mal éxito de tan costosas y repetidas tentativas.

Los auxiliares de Zacatecas y Jeréz que habían ido en socorro de Don Juan de la Torre, se volvieron también, dejando al Gobernador en Peyotan, donde los PP. Jesuitas habían conseguido organizar una pequeña misión con algunos indios y sus familias.

A la sazón que esto tenía lugar, Don Juan de la Torre recibía carta del Virey de México, en que le ordenaba pasara á aquella ciudad para atender mejor á su salud quebrantada. Era éste un pre-texto solamente con el fin de retirar sin festinación ó sin violencia al citado Don Juan, del

<sup>1</sup> El Conde de la Laguna dió 2,000 pesos y D. Joseph de Urquiola prestó 13,000 pesos sin premio alguno, para los gastos de esa expedición.



mando de la expedición, porque se creía que al fin no era capaz de llevarla á feliz ó satisfactorio término. En la misma carta se le comunicaba que iría á sustituirlo en sus funciones militares Don Juan Flores de San Pedro, vecino de Villanueva y descendiente ó cuarto nieto de Don Fernando Flores, antiguo poblador y encomendero de Juchipila.<sup>1</sup>

Don Juan Flores de San Pedro salió de Villanueva llevando como segundo en jefe á Don Francisco Escobedo el 24 de Diciembre, con cerca de 400 hombres, (de los cuales 60 iban armados á expensas del mismo Flores)<sup>2</sup> y un convoy con 60 reses en pie, diez cargas galleta, veinte de harina, dos de jabón, seis arrobas chocolate, 45 mulas de carga y 26 de silla,<sup>3</sup> todo esto costado en su mayor parte por el referido Flores, quien al llegar á Peyotan el 4 de Enero de 1722, tomó inmediatamente el mando de la tropa que estaba bajo las órdenes de Don Juan de la Torre.

Este se retiró luego rumbo á México, acompañado solamente de la indispensable escolta para su seguridad personal, dejando por su buen carácter gratos recuerdos entre muchos de sus subordinados.

El primer paso que dió Don Juan Flores de San Pedro fué enviar á un cacique amigo llamado *Tactzani* ó *Tlascane*, como dice Mota Padilla, con comisión para requerir de paz á los *nayaritas* de la Mesa.

A varios oficiales españoles los envió también á cubrir y recorrer algunos puntos importantes, con objeto de asegurar la entrada de víveres y correos, cosa que había descuidado el Gobernador de la Torre.

Los *nayaritas* por su parte seguían preparándose y aún habían enviado á un indio llamado Pedro á buscar como aliados á los indígenas de Guadiana (Durango.) El P. Fluvia dice que esos indios eran los *tobosos*, lo cual no puede ser, porque esos salvajes residían en el territorio del Nuevo Reino de León.

El citado emisario fué hecho prisionero por los indios

<sup>1</sup> Frejes, Historia Breve, p. 258.

<sup>2</sup> Orozco y Berra dice que también recibió 40,000 pesos del Virreinato para sueldos y demás gastos.

<sup>3</sup> Mota Padilla, Hist. de la Conq. de Jalisco, XC. 475.

de Guazamota y por él se supo que los del Norte no irían á ayudar á los *nayaritas*.

El *Tactzani* regresó de desempeñar su comisión, pero sin ningun resultado favorable. Volvió á enviarlo con un segundo requerimiento el jefe español, y en esta vez le trajo noticia de que al día siguiente iban á bajar de la mesa dos caciques, el uno llamado *Tlahuitole* y el otro *Chapulín*, á dar la obediencia, los cuales al fin no bajaron, porque aunque intentaban hacerlo, Don Alonso y los otros les afearon su conducta, tachándolos de traidores y de cobardes.

Persuadido Don Juan Flores de que toda negociación pacífica era por demás con aquellos astutos salvajes, después de haberles enviado por tercera vez al *Tactzani*, reunió un consejo de guerra en el que se determinó tomar resueltamente la ofensiva, para no seguir perdiendo más tiempo en una campaña que costaba ya algunas vidas, bastante dinero y grandes penalidades y sacrificios.

Por ese tiempo había vuelto Don Nicolás Escobedo á Peyotan, para seguir prestando sus servicios en aquella campaña, por cuya razón se puso á las órdenes de Don Juan Flores, quien determinó que el ejército se dividiera en dos secciones para atacar al enemigo por dos rumbos opuestos.

El Gobernador Flores debía tomar una de esas secciones y marchar por el lado del Norte. Don Nicolás de Escobedo con la otra tenía orden de avanzar por el Sur. Ambas tropas, aunque iban á recorrer desiguales distancias, debían obrar con entera sujeción al plan concertado, que sustancialmente consistía en procurar movimientos simultáneos de convergencia hácia el acuartelamiento principal de los *nayaritas*, que era la abrupta é inaccesible montaña de la Mesa, á cuyo punto debía darse el asalto el 17 de Enero en la mañana y á la hora convenida.

Sin embargo, Don Nicolás de Escobedo, que se había retirado la vez anterior bastante descontento por no haber podido lucir su valor al lado de D. Juan de la Torre, se adelantó en las marchas faltando á las órdenes de su nuevo jefe, y así pudo llegar primero que él á la vista de la Mesa, defendida por un formidable y natural atrincheramiento de acantiladas rocas y profundas quiebras, no ménos que de infranqueables estacadas que formaban los robustos y numerosos árboles de la sierra.



Disponíase el Capitan Escobedo á emprender el ataque, cuando espontáneamente se ofreció el *Tactzani* á subir á requerirlos de paz por la última vez, y aunque se consideró inútil esta tentativa, consintió en ella el citado Capitan. Fué el *Tactzani* á hablar con algunos caciques, los cuales le ofrecieron que bajarían á dar la obediencia, pero pasó todo el dia sin que se lograra otra cosa que una conferencia celebrada con dichos caciques y el Capitan, de la cual resultó que cuando éste subiera á la Mesa no lo recibirían hostilmente. Mas como ya se desconfiaba mucho de las falsas promesas de los *nayaritas*, se creyó que esa oferta envolvía un nuevo ardid ó una burla, por lo que D. Nicolás de Escobedo reunió junta de oficiales para resolver lo que debía hacerse. En esta junta se convino en emprender definitivamente la subida á la Mesa, en vista de que era más peligroso estar esperando en ese mismo punto el cumplimiento de las vanas promesas de los jefes *nayaritas*.

Así fué que el 16 de Enero, después de haber llenado algunos deberes religiosos la tropa y hecho *acto de contrición* casi todos los soldados, se dió la orden de marcha. Iba avanzando ya una parte de la tropa pié á tierra y entonando el *Alabado*, cuando enfurecidos los enemigos al oír ese místico canto comenzaron á lanzar terribles alaridos, flechas y peñascos, y á insultar á los españoles. Estos avanzaban con grandes dificultades y huyendo el cuerpo al peligro, pues algunas de las piedras que hacían despeñar los indios, rodaban con tal ímpetu sobre los flancos de la montaña, que hacían pedazos los árboles contra los cuales chocaban.

El primer herido que resultó en esos momentos fué el animoso y fiel Don Pablo Felipe.

La tropa de Escobedo tuvo que disparar una tupida lluvia de balas para poder despejar el paso, y abrigándose tras de los obstáculos ó las peñas del camino, apenas podía avanzar con lentitud y con dificultad, hasta que por fin llegaron á la cumbre de la Mesa. Entónces el cacique *Tlahuitole*, furioso contra sus mismos compañeros porque no hacían empuje vigoroso contra los asaltantes, los increpó acremente, manifestándoles que ya era tiempo de arrojarse al peligro para detener el paso á los españoles. Entónces el indio referido bajó lleno de resolución la senda por donde subían los soldados de Escobedo, y empuñando un grande

alfange se lanzó á la pelea con solo unos cuantos compañeros que le seguían.

Sorprendentes prodigios de valor hizo en aquella refriega el indómito salvaje; pero pagó su temerario arrojo bien pronto, pues uno de los indios auxiliares logró darle un flechazo que le hizo caer á tierra, y antes de que pudiera ponerse en pié le dispararon algunos arcabuzasos, poniéndole enteramente fuera de combate.

Grande fué el alborozo que este triunfo proporcionó á los asaltantes, pues el *Tlahuitole* era indio temible y de grande influencia entre los *nayaritas*.

Al día siguiente pudo Don Nicolás de Escobedo ocupar la Mesa, donde mandó cantar á toda la tropa un *Alabado* en acción de gracias, por haber conseguido á fuerza de tantos peligros y dificultades penetrar hasta aquella que parecía invencible fortaleza.

En la imposibilidad de seguir persiguiendo á los indios fugitivos, se ocupó el Capitan en dar algún descanso á la tropa y en atender á la curación de los heridos.

Ouenta el cronista Fluvía que este triunfo se debió también al Apóstol Santiago, á quien montado en un caballo blanco y con espada en mano, se vió luchar bizarramente contra los indios sublevados.

El Gobernador Don Juan Flores llegó á la Mesa el 17 en la mañana, y grande fué su sorpresa al encontrarse allí al Capitan Escobedo, pues según el plan convenido, los dos jefes debían atacar al enemigo en un mismo día y á una misma hora.

Púsose furioso Don Juan contra D. Nicolás de Escobedo, por haberse este adelantado en el asalto; y como vió el Gobernador que no había cabido á él la gloria de ser el primero en poner el pié en aquella abrupta montaña, que tanto quehacer había dado al gobierno español durante muchísimos años, entró luego en su pecho el aguijón de la envidia, hasta el extremo de que echando mano á la espada retó á singular combate á D. Nicolás; pero éste se hizo de la mayor prudencia y pudo así dominar la injusta cólera de su superior, á lo cual contribuyeron también los ruegos de los PP. Jesuitas y de algunos oficiales.

Serenados los ánimos dispuso el Gobernador que una sección de 100 hombres de á pié fuera á explorar los pun-



tos inmediatos para desalojar á los indios que pudieran haber quedado ocultos. Volvió poco después dicha sección con unos 100 cautivos, en su mayor parte ancianos, mujeres y niños.

Entre los despojos que los españoles encontraron en la metrópoli del Nayarit, figuraba el uniforme militar y otros objetos que el Virey Valero había regalado en México al *Tonati*.

En un cerro cercano á la Mesa estaban el gran Templo de los *nayaritas* y muchos otros adoratorios de menor importancia. El cadáver del antiguo jefe *Nayar*, que había dado nombre á toda aquella montañosa comarca y á sus salvajes moradores, estaba guardada en el gran Templo, dentro de un altar ó nicho ricamente adornado, en el cual se hallaron también algunos vasos de metal, una piedra con la imagen del Sol esculpida, el alfange de *Tlahuitole* y algunos otros objetos que el Gobernador remitió á México como palpables pruebas de haber conquistado al fin aquella montaña, y como trofeos de la reciente victoria.

El templo referido y otros muchos adoratorios fueron entregados al fuego; multitud de ídolos fueron destrozados; se prendió también fuego á las chozas de los fugitivos; se les recogió todo el ganado vacuno y caballar que no pudieron llevarse; en una palabra, el genio del pillage y de la destrucción taló en unas cuantas horas la sagrada residencia de los dioses *nayaritas* y de sus fieles y abuegados adoradores, quedando triunfante el estandarte de la Cruz y la enseña de España sobre aquellas gigantescas rocas y sobre los escombros humeantes de multitud de desolados templos y hogares.

Muchos de los pobres *nayaritas* que desde lejos presenciaban sobre inaccesibles alturas, las devoradoras llamas del incendio, convirtiendo en cenizas sus queridos hogares y sus respetados templos, hubieran querido lanzarse á la venganza sobre sus injustos vencedores, pero ya era tarde: el triunfo estaba conseguido; la desmoralización había entrado en los *nayaritas*; no tenían ya centro ninguno para sus operaciones; el *Tonati* estaba preso y no les merecía ninguna confianza; el bravo *Tlahuitole* había quedado sin vida sobre su propio escudo como los buenos guerreros de la antigua Esparta; D. Alonso era el único jefe que les quedaba, pero imposibilita-

do para continuar con provecho la guerra en aquellos afflictivos momentos.

Entró, por lo mismo el desaliento en unos, en otros la desesperación, y en muchos el pensamiento de terminar sus desdichas bajo el humillante yugo de los vencedores; por cuya circunstancia comenzaron á enviar comisionados al Gobernador para proponerle la paz y la sumisión.

Al día siguiente del triunfo se presentaron varios caciques con su gente á dar la obediencia. El Gobernador la recibió bien, los exortó á vivir pacíficos y les permitió volver á sus pueblos mientras se procedía á arreglar convenientemente el gobierno y el establecimiento de colonias y misionés en la comarca.

Don Juan Flores de San Pedro dió cuenta al Virey del término feliz de aquella dilatada y costosa conquista, pues si es cierto que los valientes *nayaritas* intentaron varias veces sacudir el yugo español, sus esfuerzos fueron inútiles, porque el establecimiento de varias colonias militares y presidios, la fundación de pueblos cristianos y misiones muy pronto hicieron extender en aquel territorio el elemento de la civilización europea y la influencia de la religión católica.

No obstante, no fué esa la última vez en que las escarpadas cumbres del Nayarit se vieron teñidas con la sangre indígena y cubiertas con el humo del combate. Pero como los sucesos que siguieron inmediatamente después de la victoria de la Mesa, no tienen mucha importancia para la historia de Zacatecas, es tiempo ya de volver á ocuparnos de lo que pasaba en dicha ciudad, cuando Don Juan Flores de San Pedro y Don Nicolás de Escobedo quedaban llenos de laureles saboreando su triunfo en la humillada Mesa del *Tonati*.

Pero antes de cerrar este capítulo necesario es consignar en él, como complemento de la relación que acaba de hacerse, un hecho del gobierno colonial en lo que se refiere á la conquista del Nayarit ó Reino de *Nuevo Toledo*, como se le llamó después.

La ingratitud es no pocas veces la recompensa con que se pagan los buenos servicios y los favores, y esto mismo sucedió con Don Juan Flores de San Pedro, quien como se ha visto antes, gustoso se prestó á dirigir personalmente la conquista del Nayarit, gastando en ella una buena parte de sus particulares recursos ó de su fortuna; sin embargo,



al terminar aquella sangrienta y peligrosa guerra, solo se dieron las gracias al Gobernador, sin haberle concedido alguna de las provechosas prerrogativas que á otros jefes ó conquistadores se habían proporcionado como justa recompensa de su valor y sus servicios.

Don Juan Flores murió al fin pobre y olvidado y llevando á la tumba como sudario el costoso pergamino de Gobernador del Nayarit, sin que sobre la miserable losa de su sepulcro quedara otra inscripción, como recuerdo de sus heroicos servicios, que la gratitud y el respeto de sus paisanos y amigos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## CAPITULO LXXVI.

(1722.--1724.)

Real provisión relativa á Alcaldes ordinarios.—Otra sobre duelos y desafíos.—La *Piscina Zacatecana* del Br. Don Juan Sta. María Maraver.—Convento de San Juan de Dios.—La Iglesia de San Francisco.—Tempestad en Zacatecas.—Limosnas para la construcción de la nueva Iglesia Mayor.—Diezmo á las platas.—Cédula real relativa á la renuncia de Don Felipe V al trono de España.—Otra sobre obsequios á los Presidentes de la Audiencia de Guadalajara.—Nuevos sucesos ocurridos en el Nayarit.

El 4 de Septiembre de 1722 entró por segunda vez de Corregidor de Zacatecas Don José Xil de Aragozo, en cuyo cargo duró hasta 1726.

Una real provisión se recibió en Zacatecas, previniendo que los capitulares y no los Corregidores ni el Alférez Real debían proponer candidatos para Alcaldes ordinarios.

Otra real pragmática se publicó por bando en Zacatecas, relativa á la prohibición de duelos ó desafíos é imponiendo á los transgresores fuertes penas.

En ese tiempo se dió á la imprenta una obrita intitulada *Piscina Zacatecana*, escrita por el Br. D. Juan Sta. María Maraver. Ignoro el carácter ó el objeto de dicho libro, pero el P. Mier y Campa la cita con mucha frecuencia en su *Muralla Zacatecana*, y de esas citas se deduce que se concretaba á asuntos religiosos, quizá referentes á la reedificación del Convento de San Juan de Dios, que había sufrido fuertes deterioros por el tiempo, y por lo mismo se hizo necesaria una formal reparación del mismo edificio: y habiéndose terminado la obra el año de 1721, tuvo lugar la dedicación solemne de la nueva iglesia y convento que hoy existen, en